

MEDEAS CON AWAYO. ACERCA DE LA MONSTRUOSIDAD MATERNA EN ALGUNAS POETAS ACTUALES DE JUJUY ¹

Carlos Hernán Sosa
(Universidad Nacional de Salta-CONICET)

«Vuelto a la mujer, dijo [Yahvé Dios]:
“Multiplicaré los trabajos de tus preñeces.
Con dolor parirás tus hijos y, no obstante, tu
deseo te arrastrará hacia tu marido, que te
dominará”».

Génesis, 3: 16.

Si la figuración de lo monstruoso es un síntoma disruptivo ante las convenciones sociales, que espanta porque desoculta con su presencia el proceso de los disciplinamientos propios de la vida en comunidad –al menos tal como lo ha pensado Rosemary Jackson (1999) en relación con el *fantasy*–, entonces, es posible comprender la reemergencia obsesiva de algunas subjetividades traumáticas –como la madre infanticida cifrada en el paradigma occidental del mito de Medea– que parecieran responder a estas dinámicas imaginarias que sobrevuelan lo interdicto. La literatura, con su tendencia a la exploración de los espesores de sentidos, contribuye a poner en primer plano y a redimensionar con sus lecturas implícitas de lo sociohistórico estas variables. Así se advierte en un corpus de poemas de escritoras jujeñas contemporáneas, en el cual me propongo analizar la readecuación de la figura de Medea, como una apelación estratégica para subvertir mandatos patriarcales vigentes sobre los cuerpos de las mujeres y los roles prefijados en “el relato de la maternidad” occidental.

La tematización de la maternidad conforma una línea de abordaje específica en los estudios críticos sobre escrituras de mujeres, rastreable por ejemplo en la recuperación de los aportes pioneros de Luce Irigaray, Adrienne Rich o Judith Butler, que pueden reconocerse en los abordajes centrales de Nora Domínguez (2007), y otros más recientes, como el de Juana Roggero (2020), donde se indaga sobre sus representaciones en la literatura argentina. “El relato de la maternidad”, tal como lo cataloga Nora Domínguez (2007), instala en el ámbito de la literatura argentina las discusiones que surgieron sobre el rol materno como deriva apendicular de la

¹ La mayor parte de este artículo integra la sección de un volumen, actualmente en prensa, donde estudio con más detenimiento las derivas de la poesía reciente de mujeres en Salta y Jujuy, al menos desde las dos últimas décadas (Sosa, 2021a).

modernidad, asociada a la construcción emergente de la figura del niño que requería – la necesaria– guarda y protección de la madre. Este aspecto, que Philippe Ariès (1987) desde la historia cultural ha trabajado en detalle para las sociedades europeas de Antiguo Régimen, debe comprenderse en paralelo a la conformación institucional de la familia occidental según la perspectiva impuesta por el afianzamiento modélico de la burguesía. De allí que, en un período relativamente reciente, “de esta nueva idea del niño nacerá una nueva madre: la madre moderna y con ella el amor maternal” (Domínguez, 2007: 18).

Para la lectura intrínsecamente política que propone Adrienne Rich, en su afán por develar “la domesticación de la maternidad”, uno de los propósitos de este rol es representar “la institución cuyo objetivo es asegurar que este potencial [el de la reproducción y la relación con los hijos] –y todas las mujeres– permanezcan bajo el control masculino” (2019: 57). Debido a esta riqueza para el abordaje crítico, especialmente en el caso de lecturas que persiguen interpretaciones desde encuadres socioculturales, el *topos* de la maternidad, como inscripción discursiva que sostiene el orden patriarcal y como función social disponible para finalidades políticas, funciona como un eje vertebrador en los órdenes representativos que acerca la literatura al discutir los lugares preestablecidos para las mujeres (en relación con la procreación, el cuerpo gestante y la crianza de los niños, entre otras derivas vinculadas).

Reaccionar contra la pretendida sujeción del patriarcado es un propósito que, con variados niveles de explicitación, las jóvenes poetas argentinas van resolviendo programáticamente en la escritura. Al momento de cuestionar las rutinas femeninas – entre ellas la imposición de la maternidad– reglamentadas por el cerco de la convención patriarcal, algunas escritoras diagraman con hondura la lucha interior que significa intentar desalienarse ante lo naturalizado; procurando tomar distancia de tareas y obligaciones asumidas y avaladas, de expectativas trucas y proyecciones impuestas que, desde el espacio doméstico a la dimensión imaginaria, intervienen en las subjetividades con viso condenatorio, como se devela en este poema de Salomé Esper:

mi pesar tiene un nombre parecido a una mujer que canta,
en la tierna ondulación de suaves orejas, en el roce de la punta
de los pies.
todas las mañanas a pesar de mi pesar
despierto y rezo,
para amar a los que me aman/ para amar a los que me aman/
para amar a los que me aman.

lo repito al mediodía, cuando el pasto ladea
hacia otro costado, revolviendo una sopa interminable,
lo sople detrás de las patas de los grillos
y cada grillo saltando hasta la noche
repite mi plegaria.

hay algo sin embargo, una angustia en mi mirada,
y quizás unas cuantas,
tocando a la puerta con un ramillete de idas sin vueltas
tempranas
y un nuevo tender caricias en un piolín al aire ingrato.

yo sobrevivo, sin embargo.
al amor eterno, al abandono del suelo,
las cenas, los pozos, la música, el silencio,
las manos apretadas de sudor, las misas, las corridas de toros,
los caramelos.

yo sobrevivo y rezo,
despertando desde mi espalda,
cada día/ cada día/ cada día/
de nuevo. (2010: 68-69)

En la poesía reciente escrita por mujeres en Jujuy, en la franja de escritoras jóvenes que arrancan sus trayectorias autorales alrededor de la década del 2000, el tratamiento de la maternidad constituye una instancia bastante acotada. El dato resulta sugerente para hipotetizar sobre cómo se han venido resituando los tratamientos temáticos, con su halo de prioridades y prescindencias, cuando se observa en serie la producción poética de estas poetas jóvenes (Sosa, 2021b). Dentro de los pocos textos con esta tematización, uno de Fernanda Escudero, por ejemplo, incorpora la experiencia de la maternidad como una vivencia consentida y gratificante:

“El sí de los niños”

A mis vacíos
los llenan
esas risas pícaras y
agudas.
Mis oscuridades
se diluyen
en los colores de sus
arcoíris de cachivaches o
sus carnavalescas
prendas.
Las distancias siderales

se me acortan
en las apuradas carreras
entre mis intergalácticos
niños mágicos. (2017: s/p)

Sin embargo, los otros tratamientos que pueden advertirse aparecen desplazando con brutalidad las modélicas imágenes de la maternidad, con matices que de uno u otro modo las repelen como parte de “las costumbres” impuesta al orden doméstico y familiar de las mujeres. Casi como si se amplificara, con ensañamiento, las razones de “mis vacíos” y “mis oscuridades” que, en la enunciadora madre de Escudero, se prefiguran como horizonte incierto donde tiene lugar la burbuja íntimamente reparadora de los hijos, estos otros poemas desplazan los sentidos hacia versiones traumáticas, totalmente desprovistas de los clichés patrocinados socialmente para este mandato femenino. Así, se reencauza dicha vivencia como una pesadumbre que desnuda las convenciones culturales instituidas como naturales, en tanto que el relato de la maternidad aunque tiene “tendencia al dominio y disciplinamiento no impide que se pueda enfrentar con desvíos, críticas e impugnaciones a su reparto normalizador” (Domínguez, 2007: 17). Por eso, en este corpus acotado, las imágenes maternas se introducen lábilmente como la huella de un deseo ausente o, por el contrario, se las adscribe a reformulaciones audaces de lo maternal –en la simiente tan indigerible de Medea–, acumulando versiones contramodélicas transidas por un extrañamiento feroz. Así emerge, por ejemplo, en un poema de Elizabeth Soto:

Una wawa va colgando de la espalda de la madre,
entre sus mantas

las mantas la envuelven entre colores
parece un capullo de mariposa,
que nunca va a tener alas

una mariposa que se tambalea en el borde de la vereda
tratando de tomar agua
esperando que alguien la aplaste,
esperando que yo la aplaste,
que me la lleve,
que la descuartice,
que la haga secar entre las hojas de algún libro gordo.

colores? Solamente veo el amarillo, solamente veo la muerte. (2017: 9)

Siguiendo con esta (des)composición de la maternidad como experiencia perturbadora, en un fragmento de otro texto de la misma poeta se lee la presencia invasiva del niño durante la gestación, como una entidad insólita, foránea y desconocida. El cuerpo de la mujer embarazada (que la discursividad sitúa desde una especularidad testimonial en que la sororidad femenina fracasa) deviene así el compartimento perfecto de un suceso ominoso, donde la mujer ejercita las contorsiones del huésped parasitado por los movimientos perversos del niño:

(...)
entonces sube una mujer igual a mí en el colectivo
está embarazada
nos miramos y somos una
se toca la panza y siento que algo se mueve en mí
algo que quiere gritar
algo que patalea
hay algo en mis entrañas que se mueve
que me estira las vértebras
que quiere nacer
dejo que el miedo se haga canción oscura
y lloro en silencio,
voy sentada en el último asiento
vomito
bajo del colectivo a toda velocidad
me pierdo en las calles de un barrio que no conozco
entre mi piel llevo humedad, llevo muerte,
llevo sangre,
llevo soledad
pronto llevaré olvido. (2017: 12)

La misma percepción espantada puede apreciarse, mediada por el juego subrepticio de lo no dicho, con la remisión del cuerpo femenino –deliberadamente elidido– pero cuyo contorno el asombro de la voz insinúa, en uno los minipoemas de Meliza Ortiz: “Es de las cosas que más me impresionan. (Ver un chiquito que ha crecido tanto)” (2006: 43).

En otra veta inquietante, donde se dispara una fuga elocuente respecto del peso de las convenciones sobre la maternidad, un poema de Salomé Esper dispone en la escritura un acto siniestro; como cuando se arregla el cuarto del hijo propicio a las nanas, se monta una Nativitas corrupta, la más idónea para encarnar el infanticidio pero ya sin metáforas aladas. A fin de volver digerible el acontecimiento, todo se encauza entonces hacia la constatación improbable de un acto suspendido entre el sueño y la vigila, casi como un requisito para poder decirlo:

ahogar al niño
susurrarle cosas lindas, cosas enteras, gruesas,
incomovibles por el olvido y la duda, cantar bajito una
canción de dulces y panes
y empujar su bella cabeza en las aguas mientras lloramos

querer abrazarlo
arrepentirnos
vivir con pena
con tanta pena

despertar
rodeados de agua (2014: 60)

Tal como se viene tramando de manera obsesiva en algunas tendencias potentes del microrrelato, especialmente en los libros de autoras regionales como Ildiko Nassr o Diana Beláustegui, las poetas de Jujuy fortalecen el desmontaje de los lugares culturalmente asignados a la maternidad –con toda la proliferación de versiones abyectas que comenté– como apuesta a la discusión y la búsqueda de nuevas dimensiones para resituar el debate. También, desde ya, pueden establecerse vínculos con las versiones no romantizadas y desacralizadoras que propusieron sobre el tema escritoras consagradas en el ámbito porteño –como Samanta Schweblin, Mariana Enriquez y Ariana Harwicz–. En este sentido, probablemente sea con la escritura de Schweblin con la que pueden observarse mayores ecos y resonancias. Al menos, una novela como *Distancia de rescate* (2014), constreñida al develamiento de lo asfixiante y alienador de la experiencia de la maternidad, o el cuento “Conservas”, incluido en *Pájaros en la boca* (2008), donde con una estilización paralizante se aborda la temática del aborto, invitan a explorar filiaciones que guardan mayor conciliación entre algunas zonas permeables entre estas autoras.

Volviendo al planteo inicial de Jackson con el que abrimos este artículo, resulta difícil no poder pensar el carácter monstruoso de estas madres filicidas desde su propuesta conceptual del *fantasy*, donde agrupa aquellos discursos sociales, muchos de ellos vehiculizados por el arte –como la literatura y el cine–, donde se desocultan zonas reprimidas por las sociedades: “más concretamente, el deseo de todo lo que se opone al orden capitalista y patriarcal dominante en la sociedad occidental a lo largo de los dos últimos siglos” (2001: 147).

En la representación de estas monstruosidades conmovedoras el discurso del disciplinamiento social nunca se repliega del todo, por el contrario, sigue pulsando allí

el conflicto cultural, a pesar de la domesticación homogeneizadora de discursos y prácticas que impone la vida en comunidad. Por todo eso, las presentaciones urticantes que estos poemas proponen sobre la maternidad se comportan como verdaderas instancias de exploración –y de desenmascaramiento– sobre nudos irresueltos de la conflictividad social gestada en torno a los lugares periferizados para las mujeres.

De modo que, es frecuente –y en algún punto también esperable– la resolución por el camino de la violencia que asumen esos poemas, ya que parece ser imposible otro desenlace para esta discursividad literaria que expone de manera virulenta una lectura fuertemente contestaria sobre la situación de desprotección de las mujeres en el mundo actual. Entonces, no cuesta demasiado entrever, semiocultas en las imágenes trastabilladas por lo literario, distintas formas opresoras de lo femenino, reversionadas en el desembarazo de las madres “asesinas” o que abortan. Estas venganzas, montadas como ajuste de cuentas de lo simbólico, sobreimprimen insistentes imágenes de la mujer como monstruo, nos enrostran así otras caras no domesticadas de lo femenino, insisten en derruir las figuras modélicas del ángel del hogar, los requisitos de la belleza femenina, la dulzura apoteótica de la maternidad. Con estas madres monstruosas que no abren la puerta para ir jugar –como ahora la canción infantil de la rayuela– sino que demudadas en nuevas Medeas lo hacen para asesinar a los hijos, las representaciones femeninas se bestializan, se animalizan, para ganar en la veta de deshumanización un resarcimiento desestabilizante por los horrores padecidos. Con todas estas imágenes ominosas, la poesía trama un gesto amonestador sobre las convenciones culturales contemporáneas, lo hace gracias a la prerrogativa insobornable que la literatura detenta para reponer verdades simbólicas que perturban los imaginarios sociales de cada momento.

Bibliografía

Corpus:

Escudero, F. (2017). *Windows 17*. San Salvador de Jujuy: El caldero del diablo.

Esper, S. (2010). *Sobre todo*. San Salvador de Jujuy: Intravenosa.

_____ (2014). *Paisaje*. San Salvador de Jujuy: Tres tercios.

Ortiz, M. (2006). *Poemas para sacármelos de encima*. San Salvador de Jujuy:

Perro pila.

Soto, E. (2017). *Parcialmente nublado*. San Salvador de Jujuy: Almadegoma.

Teórica y crítica:

Ariès, P. (1987). *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Madrid: Taurus.

Armstrong, N. (1987). *Deseo y ficción doméstica. Una historia política de la novela*. Madrid: Cátedra.

Domínguez, N. (2007). *De donde vienen los niños. Maternidad y escritura en la literatura argentina*. Rosario: Beatriz Viterbo.

Genovese, A. (1998). *La doble voz. Poetas argentinas contemporáneas*. Buenos Aires: Biblos.

_____ (2011). *Leer poesía. Lo leve, lo grave, lo opaco*. Buenos Aires: FCE.

Gilbert, S. M. y Gubar, S. (1998). *La loca del desván. La escritora y la imaginación literaria del siglo XIX*. Madrid: Cátedra.

Jackson, R. (1986). *Fantasy. Literatura y subversión*. Buenos Aires: Catálogos.

Kamenszain, T. (2020). “Las nuevas poetisas del siglo XXI”, en Arnés, L. A.; Domínguez, N. y Punte, M. J. (Dir.). *Historia feminista de la literatura argentina*. Villa María: Eduvim, pp. 461-465.

Mallol, A. (2003). *El poema y su doble*. Buenos Aires: Simurg.

_____ (2017). *Poesía argentina entre dos siglos: 1990-2015. Del realismo a un nuevo lirismo*. La Plata: EdUNLP.

Monteleone, J. (2018). “Poesía argentina, de la mirada corroída al relato social”, en Jitrik, N. (Dir.). *Historia crítica de la literatura argentina*. Vol. 12. Buenos Aires: Emecé, pp. 419-475.

Moyano, E. (2005). “Los olvidos del siglo XX: las literaturas urbanas y los textos de mujeres”, en Moyano, E. (Coord.). *La literatura de Salta. Espacios de reconocimiento y formas de olvido*. Salta: UNSa, pp. 111-117.

_____ (2018). *Mujeres amordazadas. La generación literaria de los '80 o de la posdictadura en Salta*. Buenos Aires: Corregidor.

Nallim, A. (2011). “La literatura regional en el contexto del nuevo milenio: estación Jujuy”, en Massara, L.; Nallim, A. y Guzmán, R. (Dir.). *Literatura del noreste argentino. Reflexiones e investigaciones*. Vol. I. San Salvador de Jujuy: EDIUNJU, pp. 38-51.

_____ (2012). “Por la cornisa urbana: literatura argentina del nuevo milenio”, en Rodríguez, S. y Guzmán, R. (Coords.). *La ciudad y sus representaciones. Arte y literatura a fin de milenio*. Salta: EUNSa, pp. 23-37.

Rich, A. (2019). *Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución*. Madrid: Traficantes de sueños.

Roggero, J. (2020). "Lo materno: espacio continuo, presente perpetuo", en Arnés, L. A.; Domínguez, N. y Punte, M. J. (Dirs.). *Historia feminista de la literatura argentina*. Villa María: Eduvim, pp. 257-261.

Sosa, C. H. (2021a). *Desmadre de palabras. Panorama tentativo de la poesía reciente de mujeres en Salta y Jujuy*. Serie monográfica Hipótesis y Discusiones n° 35. Buenos Aires: Instituto de Literatura Argentina "Ricardo Rojas", Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. (En prensa).

Sosa, C. H. (2021b). "Al fin una hidra en el Valle de Lerma: literatura reciente y jóvenes escritorxs en Salta", en *Estudios del ISHIR*, vol. 11, n° 31. (En prensa).